

Giradores en torno a mi tumba

por Mario Bellatin

La opresión de saberse perdido en medio de una ciudad hasta cierto punto desconocida creo que es motivo suficiente para escogerla como lugar de trabajo. De manera cíclica, siento unos intensos ataques de pánico y angustia inmotivados. He llegado a la conclusión de que son estados necesarios para poder escribir. Largas noches de insomnio imaginando las situaciones más funestas, horas de vigilia y de sueño entrecortado mientras la vida continúa alrededor. Verme obligado a buscar la mesa de escritura como único refugio capaz de hacer que la angustia disminuya. Caminar por calles anónimas atiborradas de personas, tomar el transporte subterráneo sin saber si van a funcionar los mecanismos que harán posible mi salida a la superficie. Saber que en el mismo instante de la angustia se desarrollan cientos de actividades a mi alrededor es importante. Resulta difícil poder considerar la ciudad de México como mi ciudad. No crecí en ella. Casi no guardo recuerdos. La abandoné cuando tenía pocos años y no volví sino hasta hace algún tiempo. La situación perfecta para sentirme partícipe y no de su vorágine. Para creer que soy un habitante y también un explorador. Descubriendo día con día una serie de costumbres, de calles desconocidas, de sentirme a mí mismo como si estuviera quebrando alguna regla al actuar como un ciudadano normal y corriente. Una de las características de esta ciudad es que está diseñada a manera de una serie de poblados superpuestos. Lo que se llaman colonias tienen más la función de pequeñas poblaciones encerradas en sí mismas, autosuficientes. Es por eso que muchas veces los habitantes no se trasladan a grandes distancias. Todo esto es posible de experimentar en una ciudad como México. No es casual que haya escogido vivir en una pequeña casa de principios del siglo XX ubicada en una de las zonas más céntricas. Un rincón de paz olvidado en medio del jolgorio que se desata alrededor. Habito en un conjunto de casas, llamadas El Buen Tono. Aquí permanecemos, yo y mi angustia, ajenos a muchas de las actividades que se desarrollan alrededor. Nadie tiene que ser testigo de mi desánimo. Yo solo frente a las palabras que debo crear. Todo lo demás, el tráfigo humano, el desarrollo cultural, lo percibo como un vago rumor. De vez en cuando coincido con algún otro escritor, nos saludamos cortésmente y cada quien continúa con su camino. Pero esta situación, curiosamente, no me hace estar separado por completo. Mantengo, a pesar del aislamiento, una Escuela de Escritores. Un lugar de encuentro donde una serie de creadores pasan, junto a un grupo de aspirantes a la escritura, algunas horas a la semana. Esa actividad es lo que me permite mantenerme conectado a un espacio concreto, específico. Es lo que me permite también dejar de lado la angustia y la depresión para enfrentar la serie de preguntas que surgen de la creación literaria. Me involucro de un modo en que mi trabajo personal no se vea afectado. Ni mi estado de ánimo. Ni la ansiedad que, al parecer, me permite crear. Mantener la escuela es como una suerte de artificio que me libra de la culpa que me provoca escribir. Conozco bien la sensación, pues me acompaña desde muy joven. De algún modo esa culpa se disipa cuando comento con un grupo de jóvenes escritores sus nuevas creaciones o cuando debo contratar un maestro y discutir sobre las reglas de juego con las que cuenta la escuela. Pero toda esta situación, en verdad, la sostengo gracias a la presencia en esta ciudad de una serie de amigos. Es una ciudad tan desproporcionada que permite la existencia de muchas redes de amistades de diversa índole. Me unen a ellas lazos de naturalezas particulares y cada una me constituye como persona. Cuento con mis compañeros sufis, con quienes comparto mi camino espiritual, con mis amigos intelectuales, quienes alimentan mis ansias de cultura, con mis amigos, que no pueden definirse por ninguna característica en particular, con quienes discurro en el tiempo y en el espacio. Con todos ellos comparto lazos afectivos y, cosa curiosa, casi no se entrelazan unos con otros. El espacio urbano de realidades superpuestas lo permite con naturalidad. No creo que exista otra ciudad que lo permita de una manera tan determinada. Que ofrezca la posibilidad de transitar por una serie de senderos paralelos sin que éstos se crucen en ningún momento. Esta situación facilita, además, que pueda mantener intacto mi espacio de creación, sin interferencias mayores. Precisamente el hecho de la sobrepoblación genera la oportunidad de buscar una serie de soledades que se presentan simultáneas y separadas entre sí. A pesar del desorden y la desproporción,

México es la ciudad donde he podido encontrar el silencio mayor, aquel que se magnifica por saber que la paz puede ser quebrada en cualquier momento para dar paso a la inmersión dentro de una dinámica de multitudes. Por la posibilidad de pasar de un extremo a otro. Con respecto a mis libros, esta situación de sentirme acompañado en el silencio ha hecho posible que mi escritura se cuestione cada vez más sobre sí misma. Que los mundos que aparecen representados en los libros obedezcan de una manera creciente a las leyes que la propia escritura ha ido creando a través del tiempo. Suceden tantas cosas a mi alrededor, que mis libros se convierten en una suerte de reflejo de un espacio que solamente puede ser reproducido por medio de palabras. Para representar una realidad en constante cambio me parece que existen formas de expresión mucho más eficaces que la escritura. Creo que estas circunstancias hacen posible que se cumpla de una mejor manera la premisa de que un libro debe existir porque lo que expresa es imposible de ser comunicado por otro medio. La literatura como espacio necesario, no como recurso que se haya podido elegir para reflejar determinada situación. En Ciudad de México todo está dispuesto para pertenecer y no pertenecer al mismo tiempo. Para creer que uno puede emular un universo sólo a través de las palabras. Hay ocasiones en que esta situación me produce miedo. Tengo la sensación de que terminaré aniquilado por mis propios mundos. Esto ocurre principalmente cuando la angustia tiñe todo a mi alrededor. Cuando los temores se ensanchan y cuando siento que el monstruo que me circunda es verdaderamente inabarcable. En esas ocasiones me basta caminar unos cuantos pasos para estar dentro del mercado que se ubica en la esquina de mi casa. O caminar un poco más y encontrarme dentro de una de las estaciones de metro más concurridas. Constató entonces que no hay equivocación posible. Que a pesar de las tinieblas en que a veces están inmersas mis palabras, en sus aparentes faltas de sentido, se encuentra presente la realidad. Lo constato con las cientos de gentes que, lo quería ignorar, me estuvieron rodeando todo el tiempo. La palabra, los textos, no era cierto que se gestaban en medio de la soledad más absoluta. En más de una ocasión me he imaginado escribiendo en alguna otra ciudad o bajo distintas circunstancias. Es más, lo he llevado a cabo. Recuerdo la desastrosa experiencia en que intenté recluirme en una cabaña totalmente apartada. No tardaron en aparecer una serie de síntomas físicos, entre otros un asma persistente, que me obligó a dejarla abandonada con todo lo escrito dentro. Nunca me atreví a regresar. Durante mi experiencia en una serie de residencias de escritores o durante mi estadía interno en una escuela de cine, mi interés principal era buscar una serie de formas para llegar lo más pronto posible a una zona lo suficientemente urbana que me permitiera cotejar con la realidad cotidiana los mundos hasta cierto punto insólitos que se reflejan en mis textos. De esta manera, viviendo en el medio de una de las sociedades más atiborradas, puedo darme cuenta de que mi trabajo de alguna forma busca hallar el punto no evidente que se presenta en cualquier conducta concreta. A pesar de las incomodidades de esta ciudad, de su inseguridad, de la engañosa amabilidad con que suelen presentarse las situaciones, de muchas veces no poder comunicarme con los demás para resolver los asuntos más banales, mi elección de trabajar en México no es equivocada. Ya tengo incluso preparado mi funeral y elegido el lugar de mi entierro. Aunque parezca una desproporción geográfica, alrededor de mi cuerpo darán vueltas durante infinitas horas una serie de derviches giradores, estaré envuelto en una tela verde repleta de flores y tendré como despedida el canto jubiloso que acompaña a las Bodas Místicas. Todo esto ocurrirá en el corazón de ciudad de México, mi lugar de trabajo, donde no en vano, desde todos los tiempos, se ha hecho de la muerte un ritual de celebración.